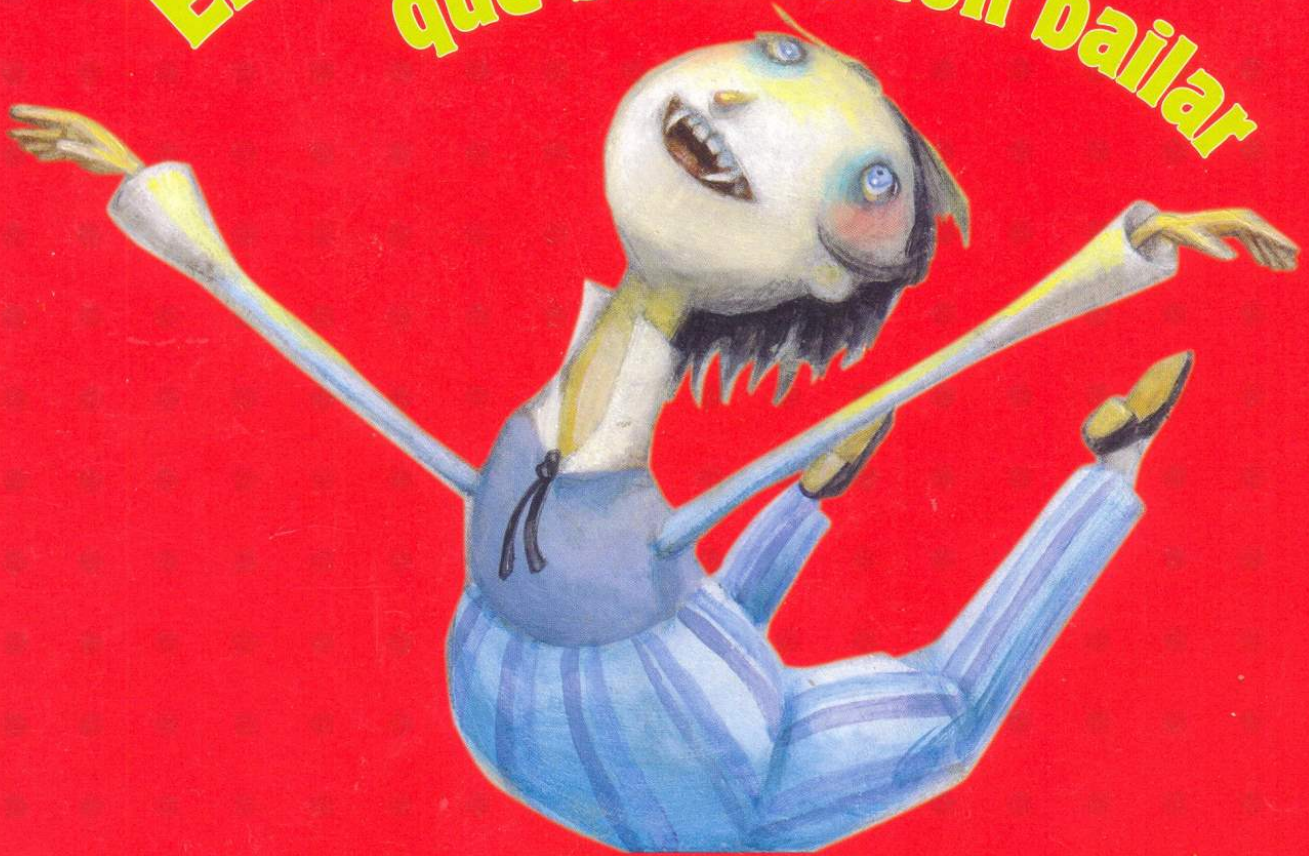


Lectorcitos

El vampiro niño que soñaba con bailar



Texto: Paz Corral / Ilustraciones: Fabiola Solano

Z I G Z A G



Dirección editorial:

JOSÉ MANUEL ZAÑARTU BEZANILLA

Colaboración editorial:

ALEJANDRA SCHMIDT URZÚA

Dirección de arte, concepto de diseño y portada:

JUAN MANUEL NEIRA LORCA

Dirección de producción:

FRANCO GIORDANO CHEVASCO

I.S.B.N.: 978-956-12-2380-6.

1ª EDICIÓN: FEBRERO DE 2012.

© 2012 DEL TEXTO POR PAZ CORRAL YAGNAM.

© 2012 DE LA EDICIÓN POR

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

INSCRIPCIÓN N° 213.568. SANTIAGO DE CHILE.

EDITADO POR EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

LOS CONQUISTADORES 1700. PISO 10. PROVIDENCIA.

TELÉFONO 8107400. FAX 8107455.

WWW.ZIGZAG.CL / E-MAIL: ZIGZAG@ZIGZAG.CL

SANTIAGO DE CHILE.

EL PRESENTE LIBRO NO PUEDE REPRODUCIRSE NI EN
TODO NI EN PARTE, NI ARCHIVADO NI TRANSMITIDO POR
NINGÚN MEDIO MECÁNICO, NI ELECTRÓNICO, VIRTUAL,
FOTOPÍA U OTRA FORMA DE REPRODUCCIÓN, SIN LA
AUTORIZACIÓN ESCRITA DE SU EDITOR.

IMPRESO POR OGRAMA IMPRESORES.

MANUEL ANTONIO MAIRA 1253. PROVIDENCIA.

SANTIAGO DE CHILE.

Índice

El vampiro niño que soñaba con bailar	4
Casimiro Casilimpio	22



El niño vampiro que soñaba con bailar

Vladimir es un vampiro. Es un niño vampiro. Todos en su familia le dicen Vladi.

Vladi tiene 10 años (siempre) y no sueña con cuellos a los que hincarle el diente, ni con noches sin luna donde pueda volar con sus alas de murciélago. Sueña con tener su propio programa de baile en televisión.

Todos los días el mayordomo del castillo donde vive le graba sus programas favoritos. Y cuando oscurece, que es cuando Vladi se levanta, los ve una y otra vez.

Tiene el pelo liso y negro y los ojos azules, como pedacitos de cielo. Los colmillos ya se le notan, blancos y filosos, sobre todo cuando sonrío. Cosa que hace a menudo.





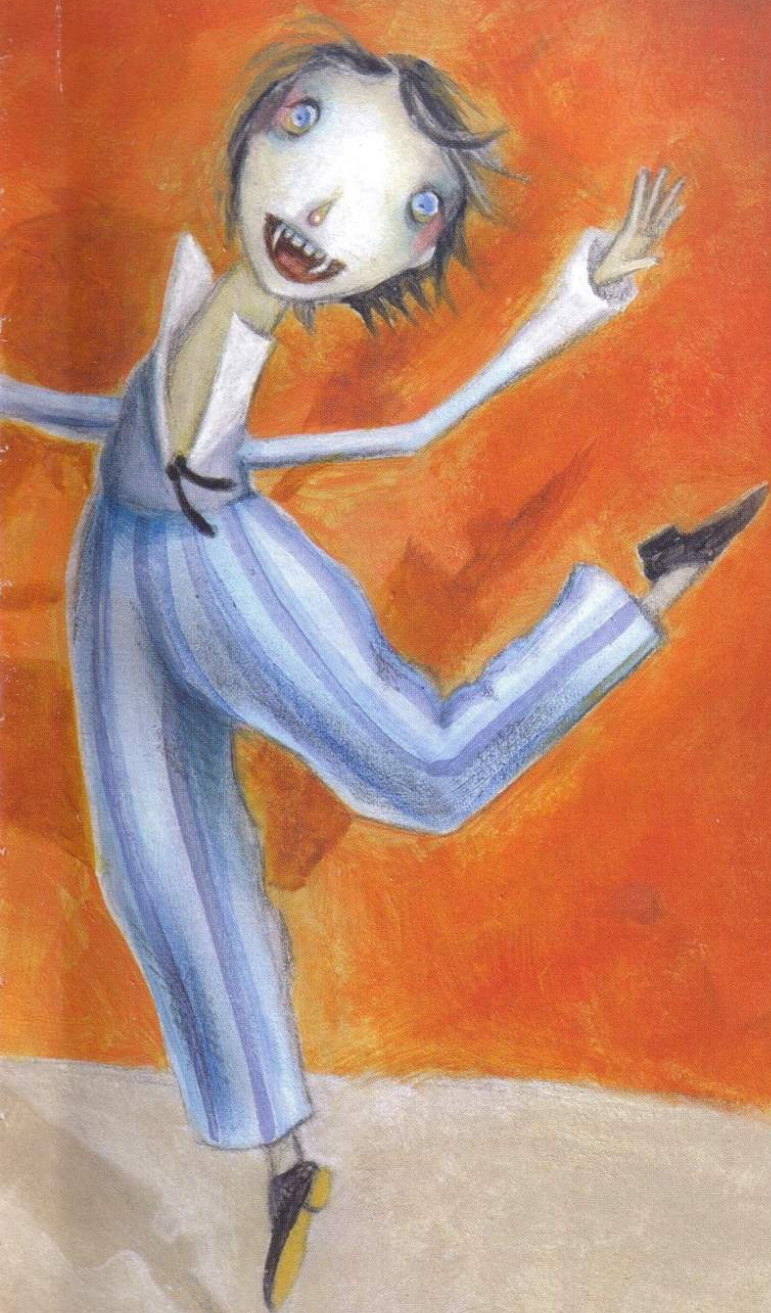
Imita los pasos de baile que ve en la tele y también inventa giros, saltos y piruetas, que luego muestra a Antonia, su hermana menor.

Sueña con ganar un concurso de baile. Sueña con luces, reflectores, escenarios y público que aplaude. Antonia siempre aplaude con ganas. Piensa que su hermano es más lindo y gracioso que muchos de los protagonistas de las series que ve en televisión.

—¿Por qué no vas a un concurso de talentos? Hay uno ahora, ahora mismo.

—¿Por qué no? —se pregunta Vladi—.
Porque soy un vampiro —se contesta— y no puedo salir de día sin convertirme en un montón de polvo.



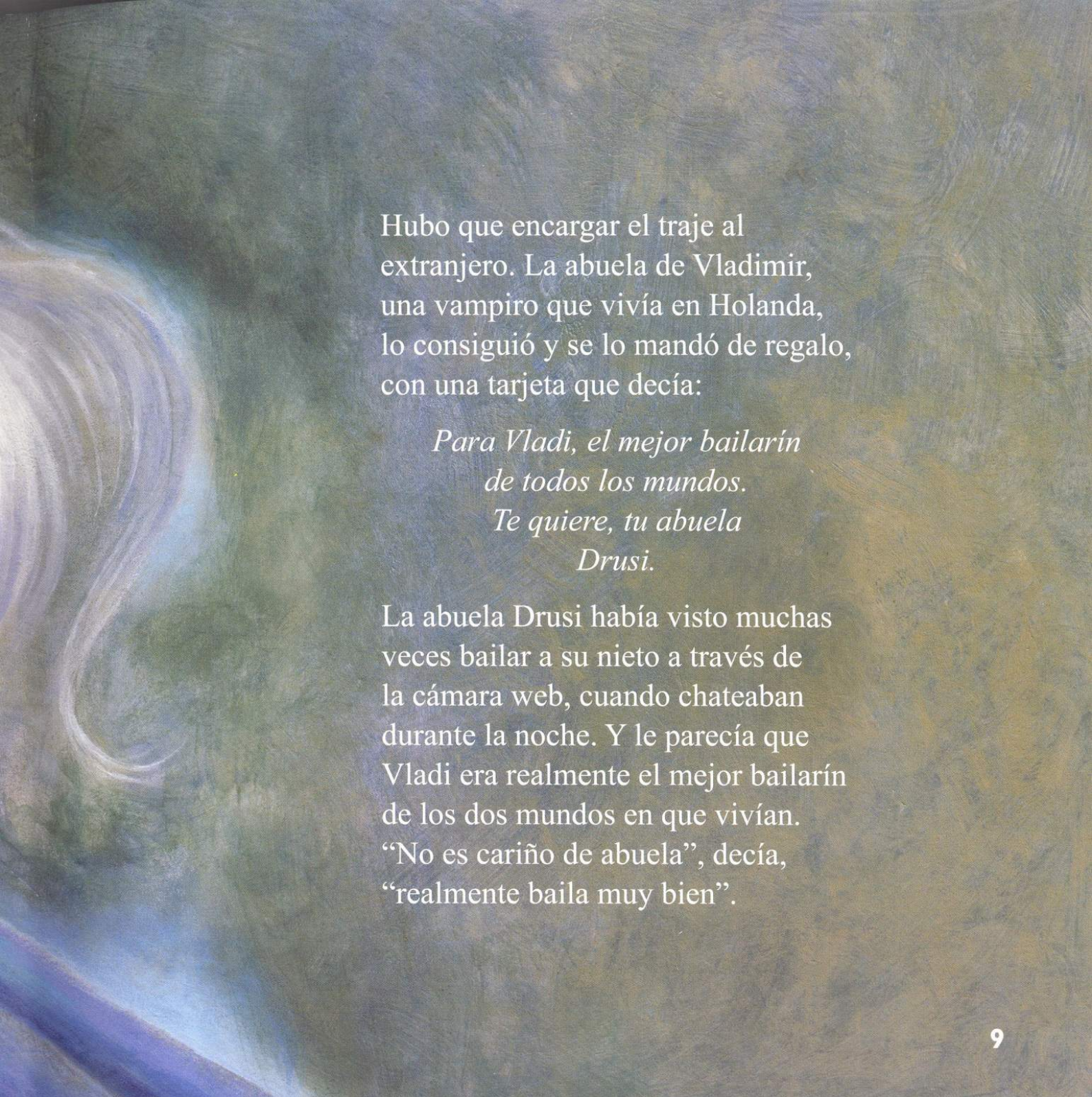


—¿Y si te pones un traje espacial, para que el sol no te toque? —dijo Antonia, que veía todos los noticieros nocturnos.

—Uh... puede ser... buena idea, Anto, ¡eres un genio! —y tomándola de las manos, dio con ella tres saltos mortales y un giro perfecto en el aire, antes de caer suavemente en el suelo.

—Sería solo para salir de casa. En el estudio hay únicamente luces artificiales, y para eso me basta usar bloqueador solar —agregó.





Hubo que encargarse el traje al extranjero. La abuela de Vladimir, una vampiro que vivía en Holanda, lo consiguió y se lo mandó de regalo, con una tarjeta que decía:

*Para Vladi, el mejor bailarín
de todos los mundos.
Te quiere, tu abuela
Drusi.*

La abuela Drusi había visto muchas veces bailar a su nieto a través de la cámara web, cuando chateaban durante la noche. Y le parecía que Vladi era realmente el mejor bailarín de los dos mundos en que vivían. “No es cariño de abuela”, decía, “realmente baila muy bien”.

Con la ayuda de Anto, Vladi grabó un video y lo mandó por correo electrónico al concurso de talentos. Le respondieron a la semana siguiente. Encontraban muy novedosa la propuesta de baile, por lo que debía presentarse dos días más tarde en la sala de grabación.

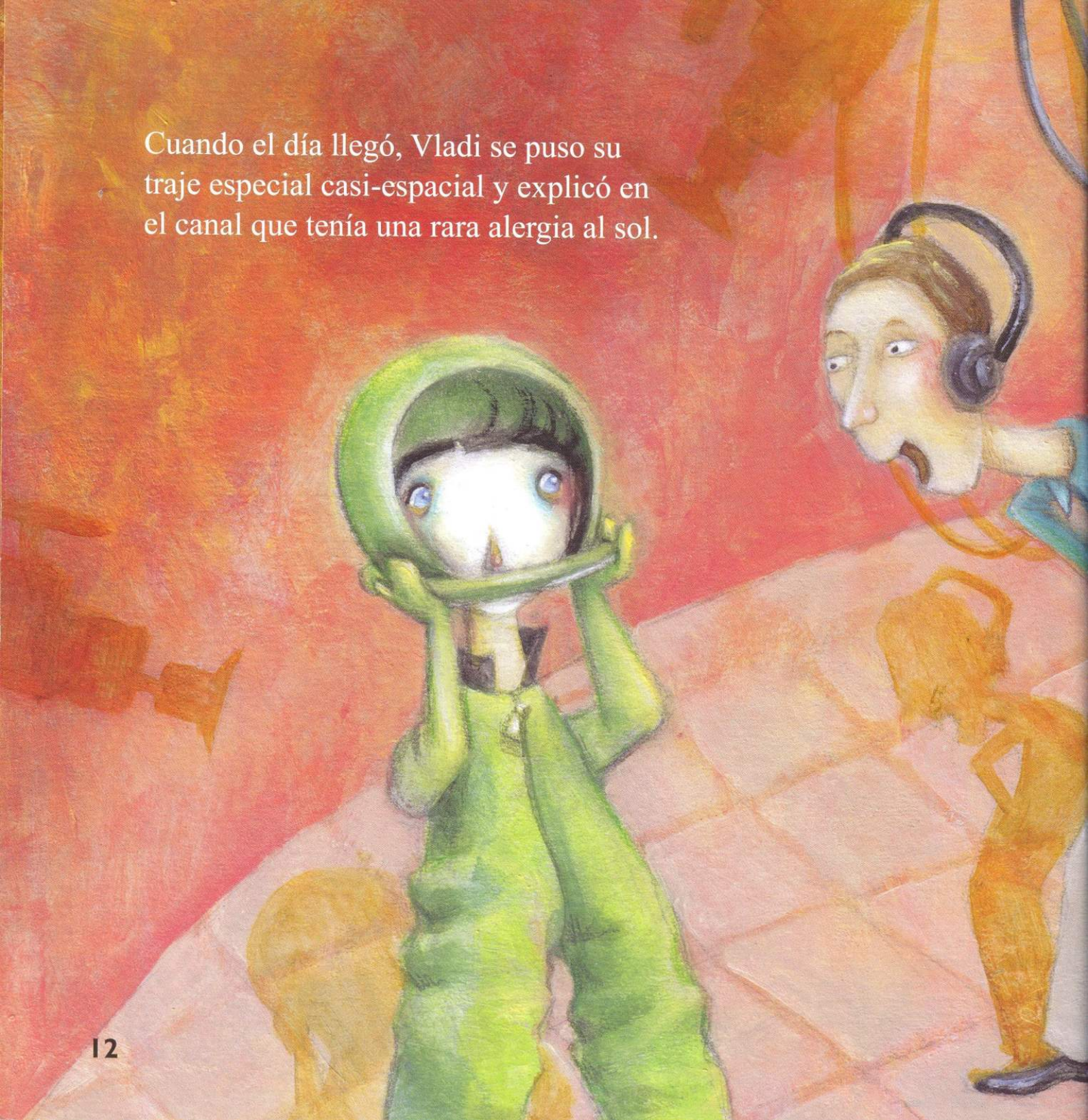
Vladi pasó las 48 horas siguientes casi sin dormir. Con los ojos abiertos, repetía una y otra vez los pasos de su coreografía. Las horas pasaban lentas, demasiado lentas para la ansiedad que se apoderaba más y más de su cuerpo.

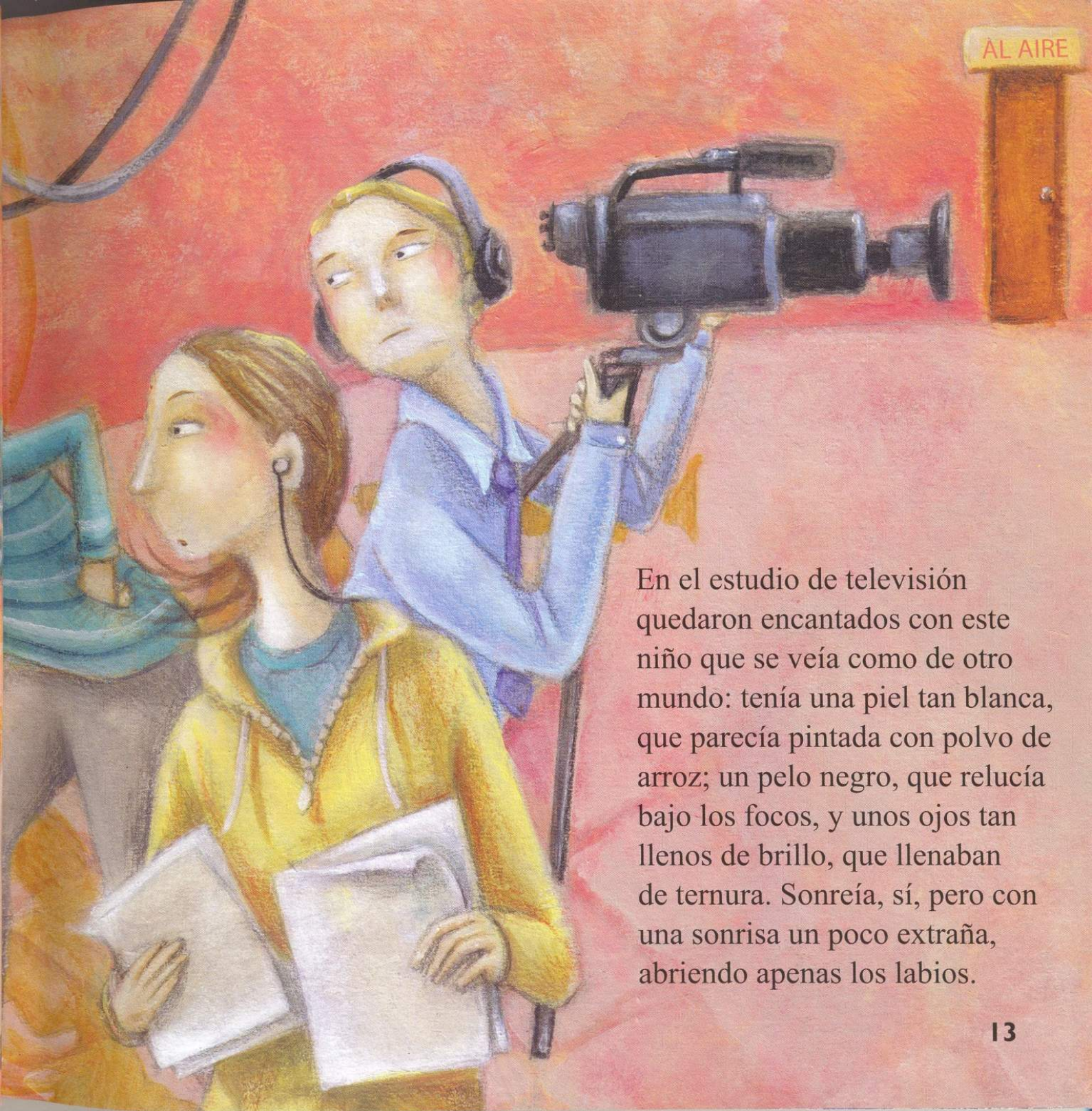
Soñaba con los ojos abiertos. Se veía bailar, girar y hasta casi volar, mientras cientos de personas lo aplaudían de pie y gritaban “¡más, más!”





Cuando el día llegó, Vladi se puso su traje especial casi-espacial y explicó en el canal que tenía una rara alergia al sol.





En el estudio de televisión quedaron encantados con este niño que se veía como de otro mundo: tenía una piel tan blanca, que parecía pintada con polvo de arroz; un pelo negro, que relucía bajo los focos, y unos ojos tan llenos de brillo, que llenaban de ternura. Sonreía, sí, pero con una sonrisa un poco extraña, abriendo apenas los labios.

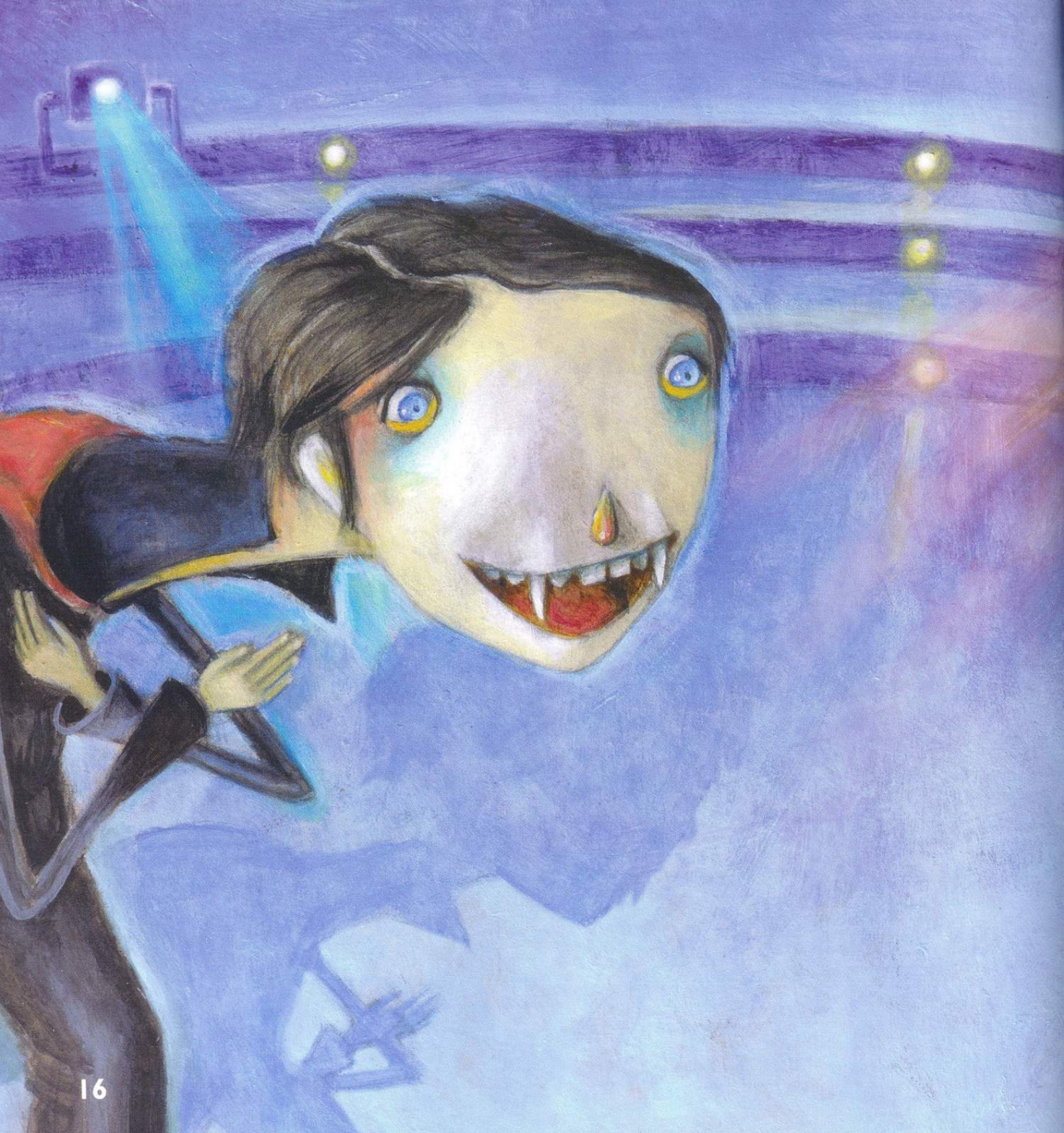
Vestido enteramente de negro, y con una capa roja colgando de sus hombros, Vladi esperaba ansioso el momento de empezar el baile.

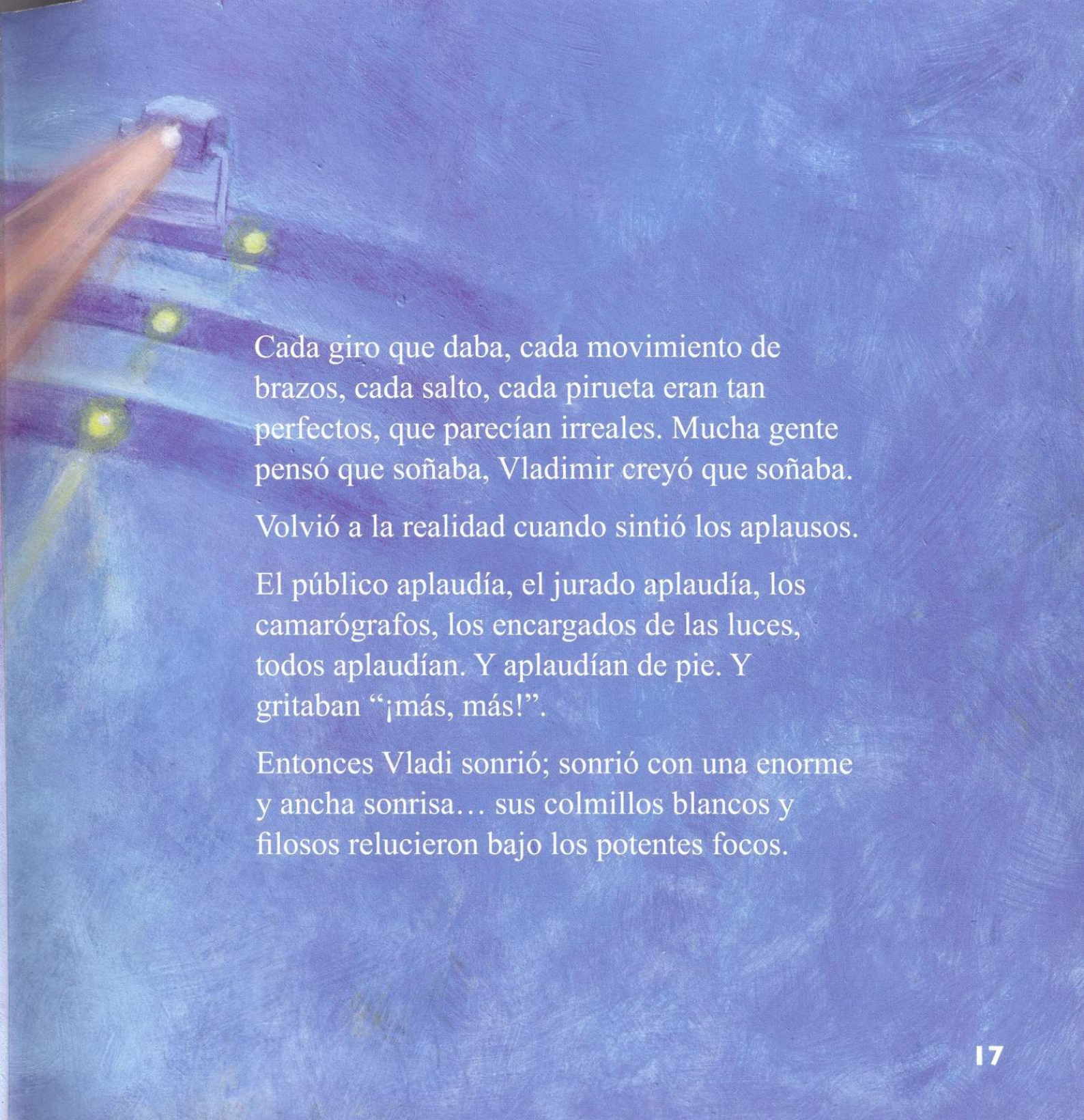
Llegó su turno y la música empezó a sonar.

Y Vladi se olvidó de todo. Se olvidó de las cámaras que lo filmaban, se olvidó del jurado que lo miraba con los ojos cada vez más abiertos, se olvidó de la gente que llenaba el estudio de grabación. Y bailó.







A painting of a stage with spotlights and a spotlight beam. The background is a deep blue with visible brushstrokes. In the upper left, a spotlight beam shines from a fixture onto the stage. Several other spotlights are visible on the stage floor, casting pools of light. The overall mood is dramatic and focused on the performance area.

Cada giro que daba, cada movimiento de brazos, cada salto, cada pirueta eran tan perfectos, que parecían irreales. Mucha gente pensó que soñaba, Vladimir creyó que soñaba.

Volvió a la realidad cuando sintió los aplausos.

El público aplaudía, el jurado aplaudía, los camarógrafos, los encargados de las luces, todos aplaudían. Y aplaudían de pie. Y gritaban “¡más, más!”.

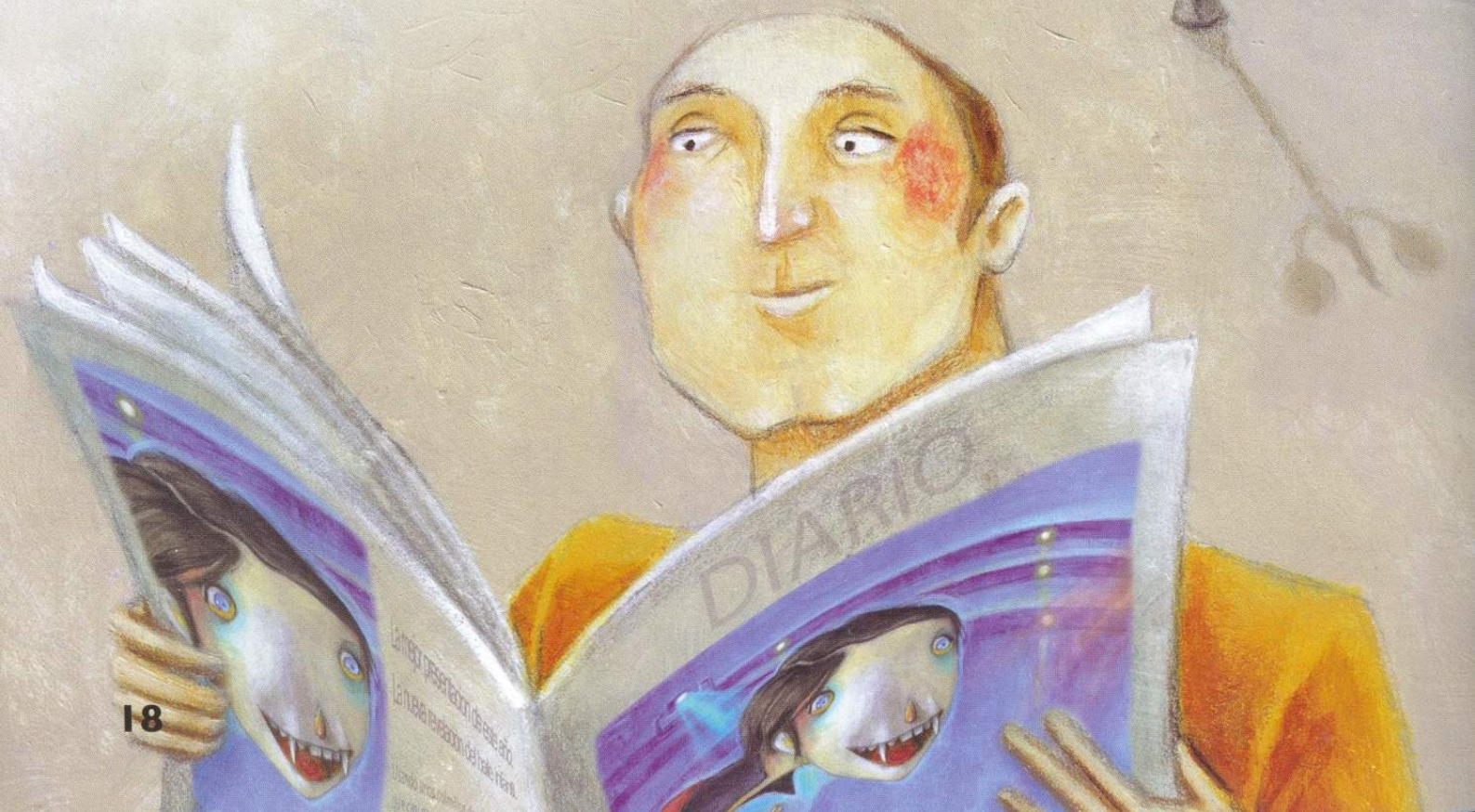
Entonces Vladi sonrió; sonrió con una enorme y ancha sonrisa... sus colmillos blancos y filosos relucieron bajo los potentes focos.

Los titulares de los diarios, a la mañana siguiente, destacaban el baile de Vladi:

La mejor presentación de este año.

La nueva revelación del baile infantil.

También hacían notar el cuidado que puso al caracterizarse: “usando unos colmillos de vampiro, que casi parecían reales”.





Pero Vladimir es un vampiro. Y aunque su madre decidió que no irá más a la televisión, porque puede ser peligroso (“Esa manía de sonreír es preocupante”, dijo), Vladi baila todas las noches para su hermana Antonia, para sus padres y su abuela en el salón de baile del castillo en que vive.





Salta, gira y hace piruetas... casi vuela (sin sacar sus alas de murciélago). Y cuando al terminar toca el piso suavemente, siente en sus oídos los fuertes aplausos, los cientos de aplausos que recibió ese día, el día en que ganó el concurso de baile.

Casimiro Casilimpio

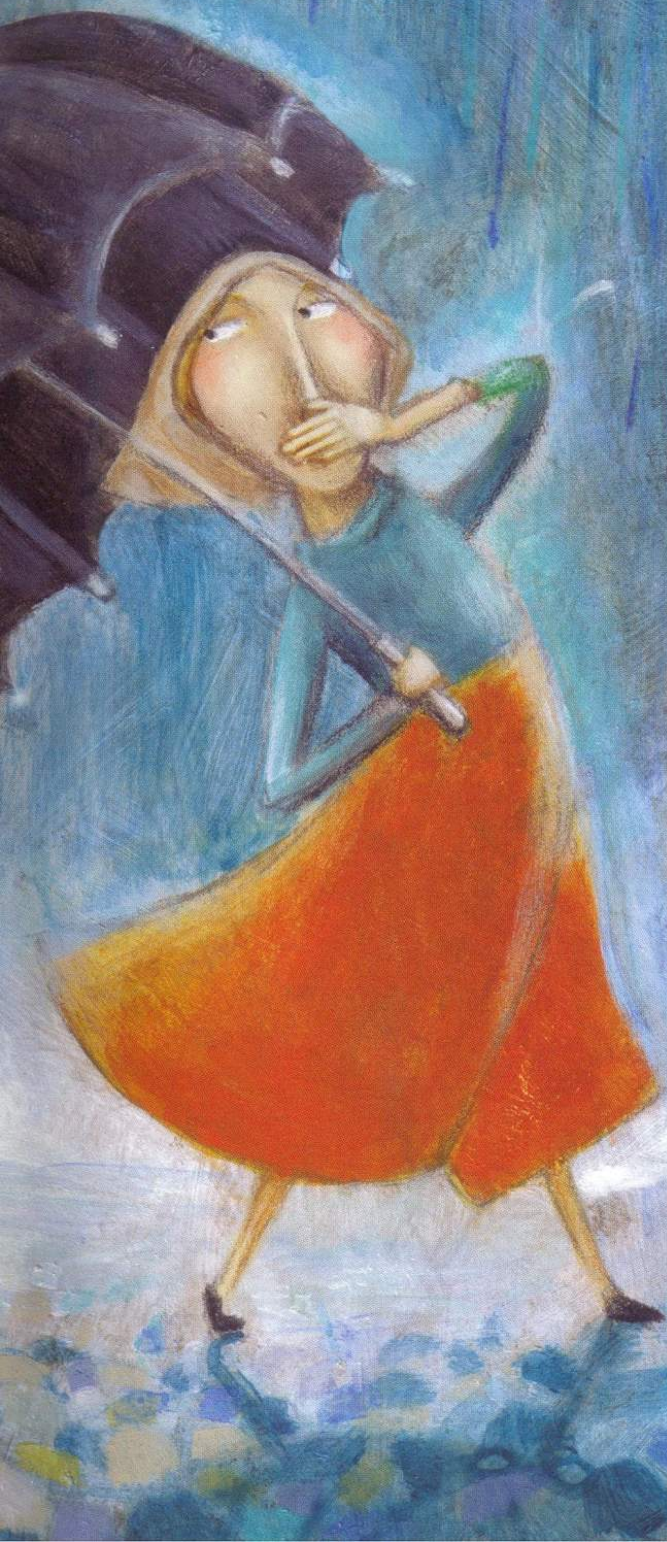
En Villavieja vivía un hombre llamado Casimiro Delgadón, a quien todos conocían como Casimiro Casilimpio.

Es que Casimiro decidió dejar de bañarse cuando tenía 15 años. No hubo retos, ni castigos, ni regalos que lo hicieran cambiar de opinión. Y no solo dejó de bañarse, sino que de lavarse el pelo, de cortarse las uñas y de cepillarse los dientes. Tampoco limpiaba su casa, ni cortaba el pasto, ni lavaba los platos... les pasaba la lengua y los apilaba en un rincón de la cocina.









Solo cuando llovía, si es que se mojaba un poco, se desprendía del polvo y las telarañas que se acumulaban en su cuerpo y en su casa.

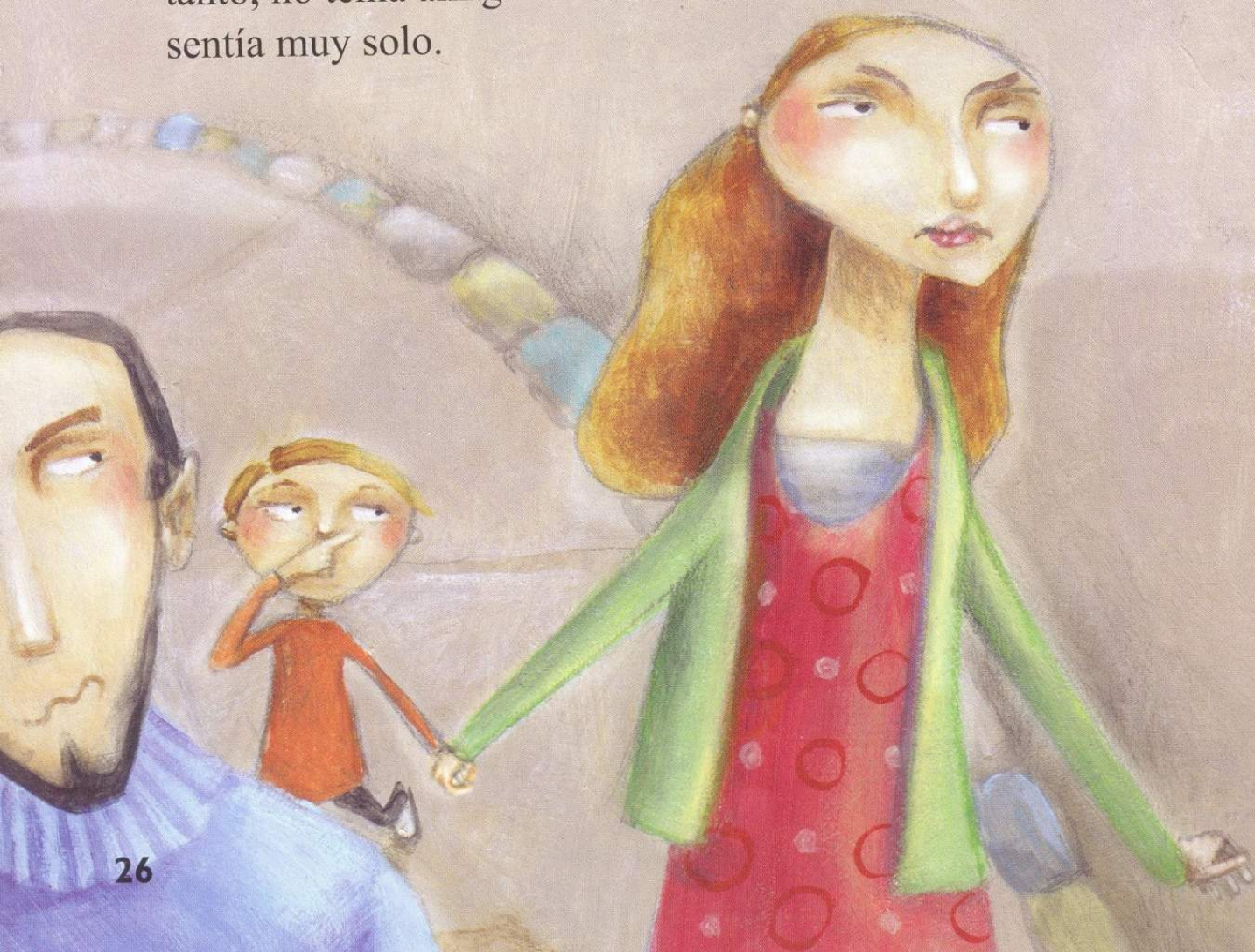
Cuando Casimiro caminaba por una vereda, la gente cruzaba la calle y caminaba por la otra.

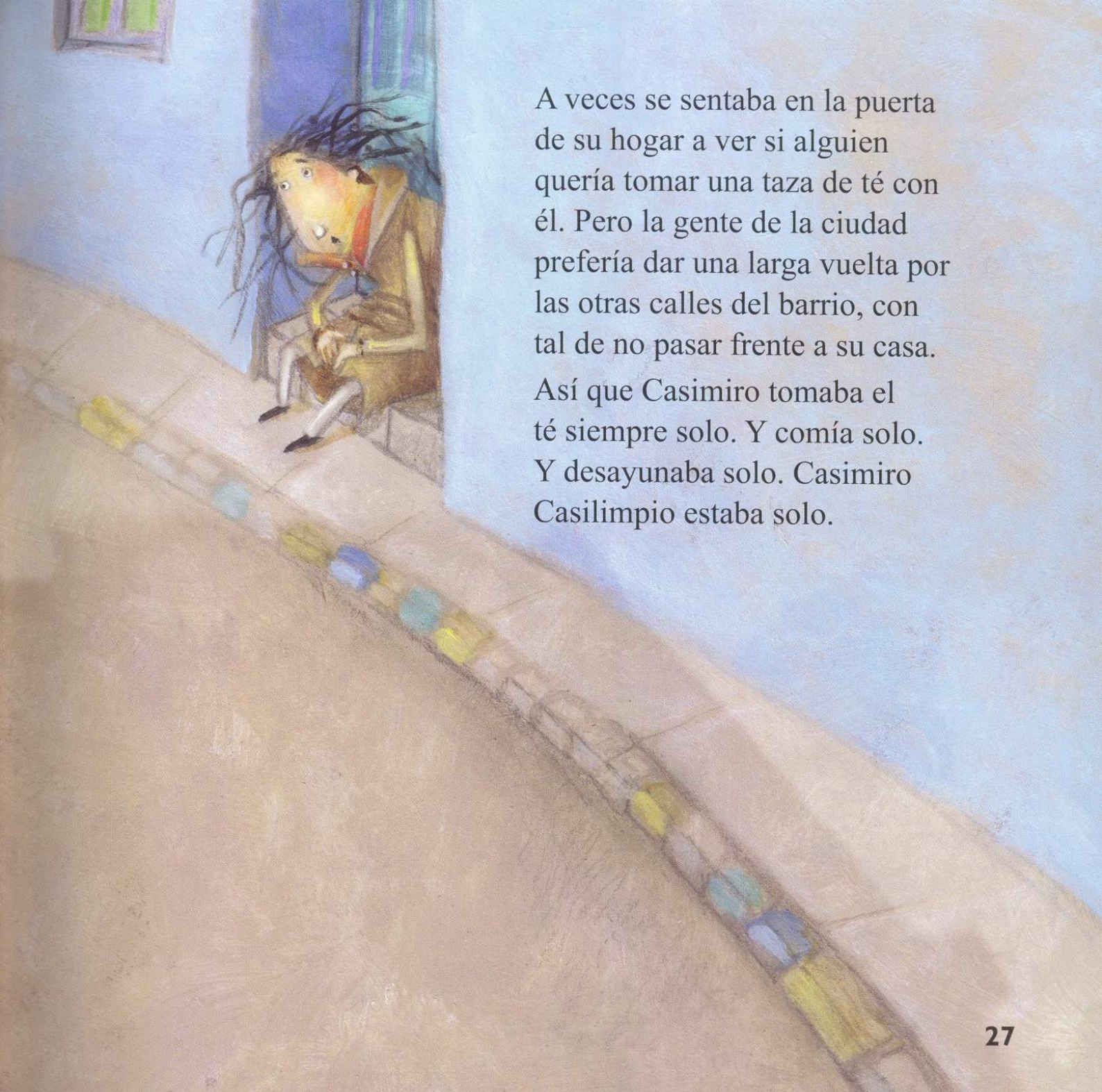
Cuando Casimiro entraba al negocio de la esquina, la gente que estaba comprando salía por la otra puerta.

Cuando Casimiro quería entrar a comer a un restaurante, las puertas se cerraban como por encanto.

Es que Casimiro no solo se veía mal, sino que además olía mal. Olía muy mal. Olía espantosamente mal.

Casimiro Casilimpio, por lo tanto, no tenía amigos. Y se sentía muy solo.

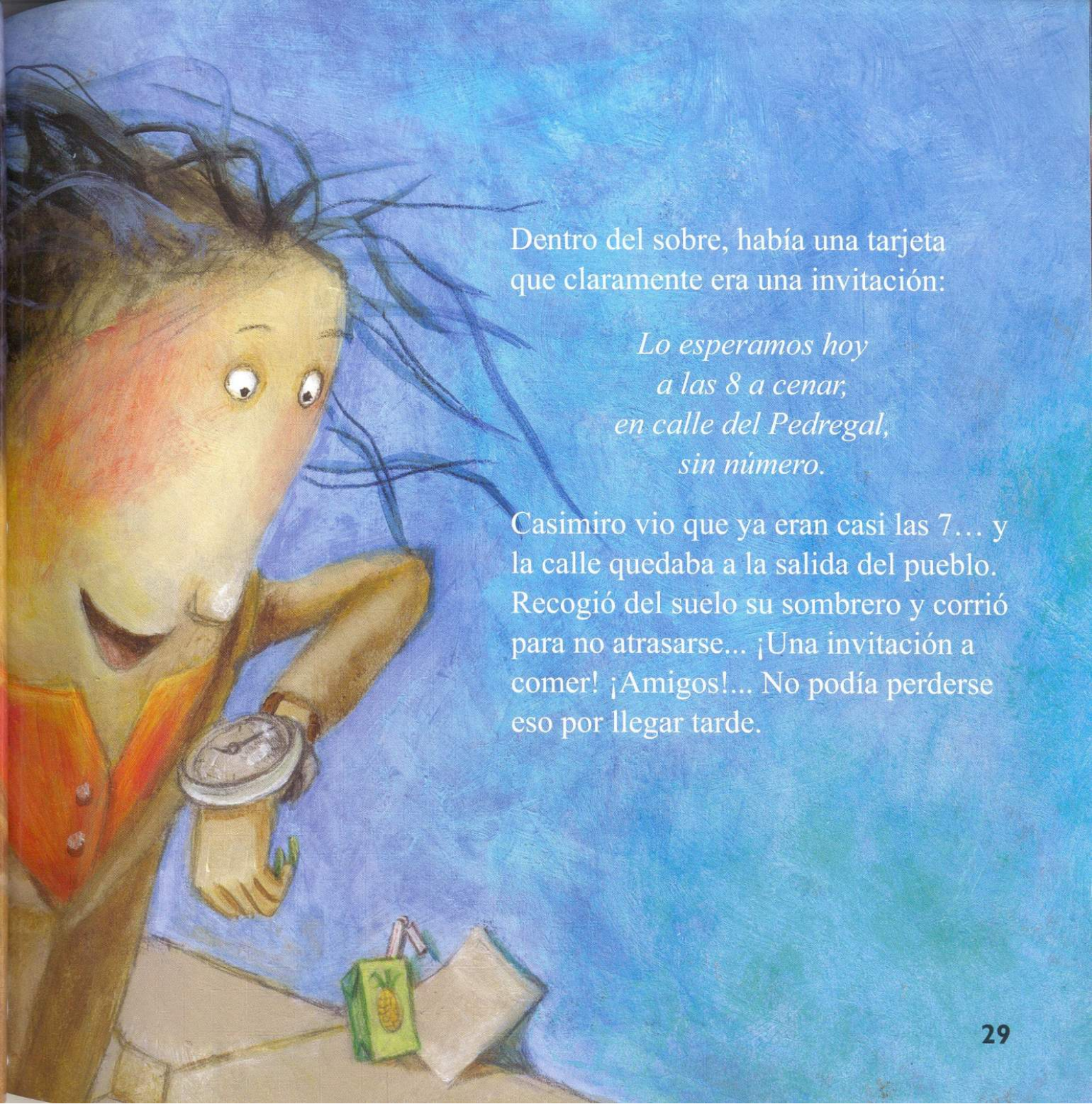


A painting of a man with long, dark, messy hair and a yellow shirt, sitting on a stone bench in a doorway. He is looking out with a sad expression. The background is a light blue wall with a small window. The floor is made of large, light-colored tiles with a decorative border of yellow and blue tiles.

A veces se sentaba en la puerta de su hogar a ver si alguien quería tomar una taza de té con él. Pero la gente de la ciudad prefería dar una larga vuelta por las otras calles del barrio, con tal de no pasar frente a su casa. Así que Casimiro tomaba el té siempre solo. Y comía solo. Y desayunaba solo. Casimiro Casilimpio estaba solo.

Por eso, cuando sucedió lo que les voy a contar, Casimiro casi se desmayó de alegría. En la puerta de su casa apareció un día, un sobre que tenía escrito:

*Señor
Casimiro Casilimpio
Presente*

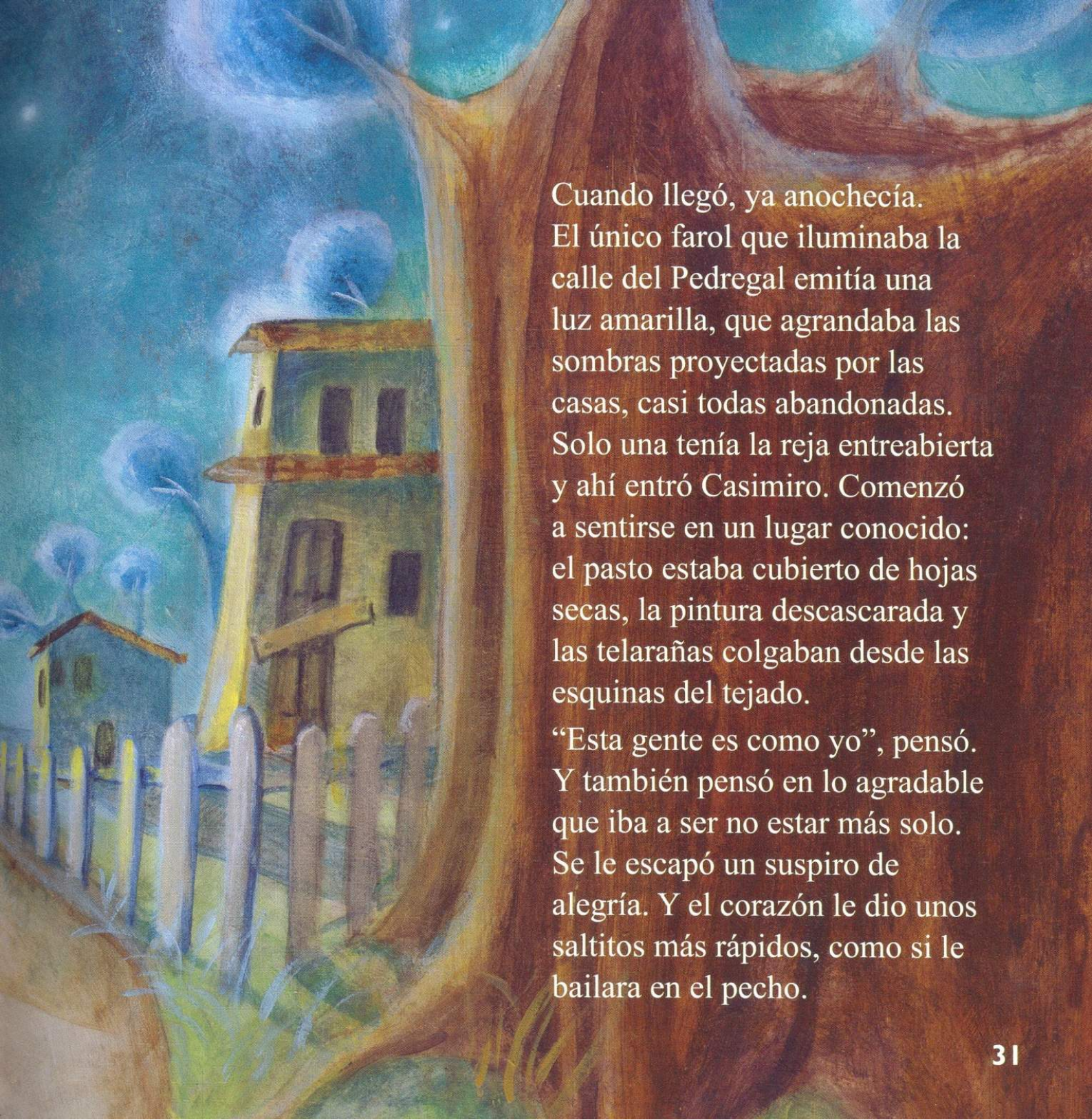


Dentro del sobre, había una tarjeta que claramente era una invitación:

*Lo esperamos hoy
a las 8 a cenar,
en calle del Pedregal,
sin número.*

Casimiro vio que ya eran casi las 7... y la calle quedaba a la salida del pueblo. Recogió del suelo su sombrero y corrió para no atrasarse... ¡Una invitación a comer! ¡Amigos!... No podía perderse eso por llegar tarde.





Cuando llegó, ya anochecía. El único farol que iluminaba la calle del Pedregal emitía una luz amarilla, que agrandaba las sombras proyectadas por las casas, casi todas abandonadas. Solo una tenía la reja entreabierta y ahí entró Casimiro. Comenzó a sentirse en un lugar conocido: el pasto estaba cubierto de hojas secas, la pintura descascarada y las telarañas colgaban desde las esquinas del tejado.

“Esta gente es como yo”, pensó. Y también pensó en lo agradable que iba a ser no estar más solo. Se le escapó un suspiro de alegría. Y el corazón le dio unos saltitos más rápidos, como si le bailara en el pecho.

No tuvo necesidad de golpear. La puerta, con un ligero crujido, se abrió, como si lo estuviera esperando. Frente a él, una escalera iluminada con velas y velones parecía indicarle que subiera, que arriba estaba la fiesta. En el segundo piso había una pieza grande, rodeada de ventanas, medio tapadas por lo que alguna vez fueron cortinas, con una mesa ya puesta para ocho personas.

“Qué lindo”, pensó y estaba por suspirar de nuevo, cuando vio que siete personas, vestidas de negro, con una capucha en la cabeza, entraron y se sentaron a la mesa. Uno de ellos le indicó con un gesto la única silla vacía y allí se sentó Casimiro.





Cuando comenzaron a servir los platos, Casimiro se dio cuenta de que algo andaba mal. Aparte del completo silencio (eso no le molestaba: él siempre estaba en silencio), lo que había en los platos le hizo saltar el corazón: ¡dos ojos hervidos, acompañados de gordos gusanos blancos cubiertos de algo verde y pegajoso!



Mientras miraba horrorizado la comida, los siete compañeros de mesa se sacaron las capuchas, levantaron sus copas y, con voces que parecían truenos, dijeron:

—¡Bienvenido, compañero!...

En ese segundo, Casimiro lo entendió todo. ¡Eran los zombies del pueblo! Era tal el mal olor y el feo aspecto de Casimiro, que pensaron que este era uno de ellos y decidieron invitarlo para que no estuviera solo.





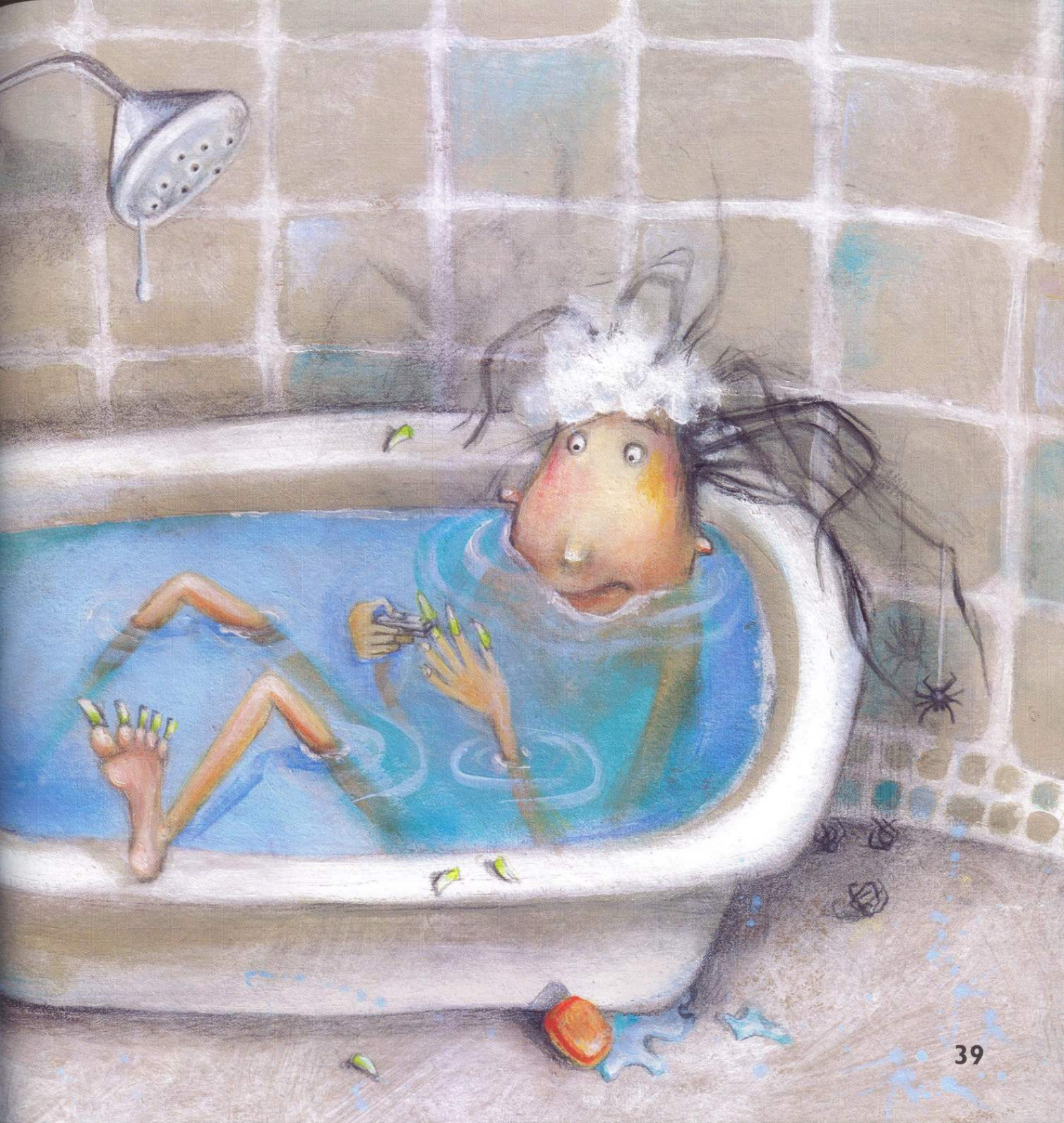


Casimiro se paró de la silla y dio un salto tan grande, que casi, casi bate un record olímpico. Y mientras gritaba “¡No soy uno de ustedes”, corrió hacia la ventana y, sin pensarlo dos veces, saltó a la calle.

Por primera vez, a Casimiro le sirvió ser solo casi limpio. La capa de grasa que había acumulado después de tantos años sin bañarse, lo protegió del golpe en la caída. Una vez en la calle, corrió, corrió, corrió sin parar, hasta que llegó a su casa.

Entró al baño, se metió en la ducha y no salió de allí en tres días. Se bañó, se lavó el pelo, cortó sus uñas, se cepilló los dientes, limpió la casa entera, cosió cortinas nuevas, barrió el jardín, plantó flores y le puso aceite a los goznes de las puertas.

Y desde ese día en que los zombies lo invitaron a cenar, no hubo en Villavieja, ni en ninguna otra ciudad, un hombre más limpio que Casimiro Delgadón.





Paz Corral Yagnam

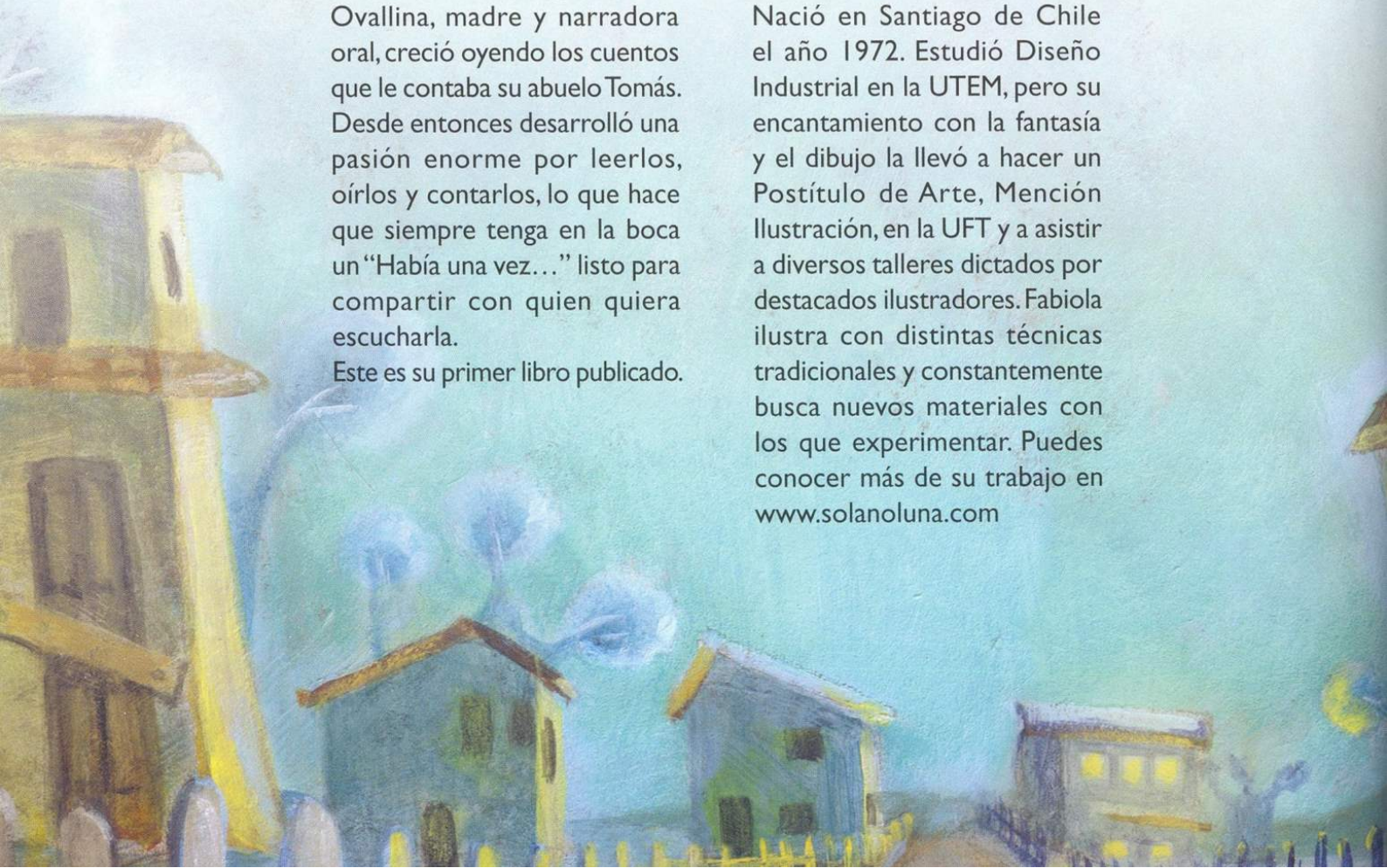
Ovallina, madre y narradora oral, creció oyendo los cuentos que le contaba su abuelo Tomás. Desde entonces desarrolló una pasión enorme por leerlos, oírlos y contarlos, lo que hace que siempre tenga en la boca un “Había una vez...” listo para compartir con quien quiera escucharla.

Este es su primer libro publicado.



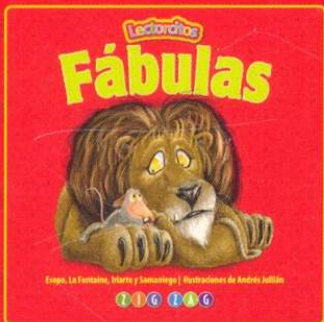
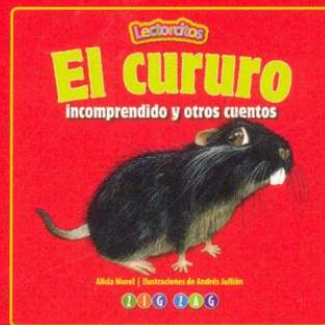
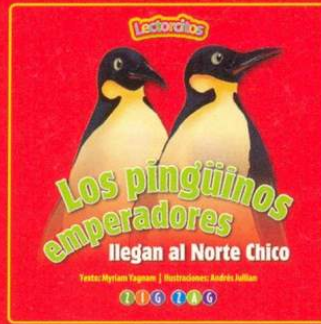
Fabiola Solano

Nació en Santiago de Chile el año 1972. Estudió Diseño Industrial en la UTEM, pero su encantamiento con la fantasía y el dibujo la llevó a hacer un Postítulo de Arte, Mención Ilustración, en la UFT y a asistir a diversos talleres dictados por destacados ilustradores. Fabiola ilustra con distintas técnicas tradicionales y constantemente busca nuevos materiales con los que experimentar. Puedes conocer más de su trabajo en www.solanoluna.com



Lectorcitos

Últimos títulos publicados:



I.S.B.N.: 978-956-12-2380-6



9 789561 223806

CÓDIGO: 168

